

NUESTRO REY

Pasos firmes resonando en la oscuridad de la noche.

El sudor frío recorriendo mi frente, acompañado por mi entrecortada respiración.

Siento una molesta presión en mis muñecas y tobillos; están atados.

La tela cubriendo mis labios tampoco es demasiado cómoda; añade dificultad a la tediosa tarea que se está convirtiendo respirar.

Me encuentro en una habitación sumergida en una lóbreguez que únicamente me permite ver una pequeña luz al final del cuarto.

De algún modo, se siente como esa mítica luz que se dice ver en el momento de la muerte, alejándonos del mundo de los vivos para arrojarnos a una estancia llena de muertos y oscuros demonios.

¿Es acaso una señal que se me está enviando?

¿Ese es mi futuro?

Sé de sobra que yo me he buscado por mi propio pie estar en esta habitación, y que mis pecados y yo no deberíamos ser perdonados.

Aun así, ¿sería demasiado egoísta de mi parte convertirme en tal momento de crisis al cristianismo?

Dios, si existes y quieres ayudarme, por favor envíame una señal.

Silencio, todo se volvió a sumir en un profundo e inquietante silencio.

Entonces los pasos del pasillo se detienen y, repentinamente, la puerta de acero se abre.

La estancia se ilumina y la fuerte y deslumbrante luz blanca ciega por unos instantes mis ojos.

Una vez me acostumbro a ella, soy capaz de reconocer las tres figuras que acaban de entrar.

Mis dedos vuelven a temblar; y se me seca la garganta, como si mi cuerpo de alguna manera supiera a la perfección lo que iba a suceder y reconociera que no había ninguna esperanza; no podré salir de esa habitación por mi propio pie.

Entonces se escucha una risa, **su** risa.

No es tan grave como se esperaría de un hombre, sino una adecuada a su tamaño, tampoco ruidosa ni escandalosa; su carcajada es limpia, como si de verdad le hubiera contado un muy buen chiste.

Sin embargo, ese diminuto tono de malicia... ese destello de diversión y maldad con el que me amenaza de forma silenciosa...

El joven que se encontraba en el centro comienza a avanzar hacia mí, borrando progresivamente su sonrisa a medida que se acerca.

–Voy a quitarte esa tela de la boca; si se te ocurre gritar, le ordenaré a Adrián que te dispare aquí. –Coloca su índice en mi frente, presionando bastante fuerte hasta dejar una marca roja en mi piel.

Claro, esa es una característica importante de ese vil demonio: aunque parezca una criatura maligna sacada del infierno, carente de remordimientos y sentimiento de culpa; nunca se manchará sus pequeñas manos de sangre, no; en su lugar, mandará al séquito que lo rodea para que lo haga por él.

Ellos sí tienen pesadillas con los cadáveres y almas en pena de las personas que han asesinado.

Ellos sí lloran y tiemblan, de vez en cuando piensan en lo diferentes que podrían haber sido sus vidas si hubieran tomado elecciones distintas, unas vidas normales, felices, pero también llenas de momentos trágicos; en las que tus seres queridos no están amenazados y no vives con el miedo constante de poder morir en cualquier momento; en cualquier lugar.

Sin embargo, a él no le importan sus subordinados; no le importa nada ni nadie más que sí mismo.

Quiere conservar su poder, tenerlo todo bajo su control y llegar a gobernar el mundo, **su** mundo.

Y no se cansará hasta lograr sus objetivos, sin preocuparle demasiado cualquier obstáculo que se interponga en su camino, porque lo eliminará.

Y yo, que me he atrevido a meterme en medio de sus planes, reconozco que esa mirada burlona que me lanzan sus casi rojizos ojos me avisan de que mi sentencia de muerte está firmada; ya lo estaba desde hace meses.

—¿Sabes lo que has hecho? —Se deshace de esa molesta tela—. Respóndeme, no me gusta repetir las cosas dos veces.

No me atrevo a hablar; sé que todo lo que diga estará mal, y que de igual manera acabaré en el fondo del mar, con una enorme piedra atada a mi pie y con una bala encajada en el medio de la frente.

Mis ojos estarán abiertos, pero ya no veré nada; tampoco sentiré nada, ni siquiera la presión de las profundidades marinas, que provocará que mis órganos internos estallen en mil pedazos, pero no dolerá; ya nada más dolerá.

—Lo siento... —suspiro, tomando todo el valor posible—. Es mi culpa...

Su expresión se torna de incredulidad.

—¿Eso es lo único que vas a decir? Indudablemente es tu culpa; has arruinado mi negocio, la oportunidad de oro. —Coloca sus manos enfundadas en negros guantes alrededor de mi cuello, apretando un poco, pero no lo suficiente para asfixiarme—. ¿Qué has hecho con mi dinero?

Con desesperación, busco alrededor de la habitación algo que pueda ayudarme... o alguien.

Mis ojos se clavan en la única mujer de ese terrorífico grupo, quien me mira con frialdad, como si no fuera más que un diminuto insecto retorciéndose entre las garras de una enorme bestia.

¿Por qué nadie hace nada? ¿No sería más fácil disparar a ese ser? Así se acabarían todos los problemas, todos los miedos y todas las pesadillas.

Si tan solo pudiera liberar mis manos...

—Respóndeme, ¿qué has hecho con mi dinero? ¿Dónde está?

Mi destino está escrito, y no va a cambiar nada por mucho que lo intente.

No hay manera de sobrevivir una vez te meten dentro de esta habitación.

Y, si voy a morir, no lo haré dándole la satisfacción de la victoria a ese demonio.

Alzo la mirada hasta clavarlas en sus ojos, esos que gracias al juego de luces y sombras en la habitación parecen ser tan rojos como la sangre.

Entonces sonrío; ya no me queda nada por perder.

–Te lo diré cuando nos encontremos en el infierno.

Su expresión cambia por un segundo, un instante tan corto que parece haber sido producto de mi imaginación.

Después estalla en carcajadas, sujetándose el estómago a la par que se incorpora.

–Qué profundo...

Se gira, dándome la espalda para acercarse al hombre rubio que se había quedado atrás.

Pone una mano en su hombro y sonrío.

–Termina con esto, Adrián. –Le da unas palmaditas en la espalda al mismo tiempo que sigue caminando hasta salir de la habitación.

El rubio se acerca a mí, apuntándome con una pistola.

Entonces vuelve a apoderarse de mí el pánico.

–¡Espera, espera! ¡Sabéis que algún día los dos terminaréis como yo! –Intento mover mi silla, en vano– Venga, podemos planear algo contra él, ¡los tres juntos seríamos imparables! –No hay contestación, solamente silencio y frías miradas en mí; juzgándome–. ¿De qué tenéis miedo?

–No puedes ganarle; nadie puede hacerlo –habla la mujer–. Se asegurará de ser el único que quede en este juego de ajedrez que es la vida, en el que todos somos **sus** peones... y él es nuestro **rey**.

Con estupefacción, observo al rubio una vez más, esperando su compasión.

–Es una pena... no me caías mal. –Y dispara, acabando con todo, por fin.

Ya no habrá más dolor ni miedo; solamente paz y oscuridad.